

1.7. Hechas estas declaraciones, traen a su presencia una «mujer, y no fea», vestida en hábito de hombre, acompañada de su hermano ataviado de mujer. Este episodio del gobierno de Sancho nos ofrece, en otra escala, el mundo del segundo Quijote. Con la luz de «lanternas», el encierro de la realidad y la imaginación en una constante indiferencia, la dimensión inmensa de lo imaginado y la reducida de lo real, haciéndose resaltar mutuamente, inventa un motivo novelescamente verosímil, «una doncella desdichada», a quien la fuerza de unos celos ha hecho romper el decoro de la honestidad, consiguiéndose de esta manera que la escapatoria se convirtiera en aventura. Ante la profunda excitación de la chica, algo disminuida en el muchacho, prosigue Sancho: «Por cierto, señores, que ésta ha sido una gran rapacería y para contar esta necedad y atrevimiento no era menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros, que con decir somos Fulano y Fulana, que nos salimos a espaciar de casa de nuestros padres con esta invención, sólo por curiosidad, sin otro designio alguno, se acabará el cuento, y no gemidicos y lloramicos, y darle». Asimismo, el encierro hace estallar la imaginación de esta manera: «Este encerramiento y este negarme el salir de casa, siquiera a la iglesia, ha muchos días y meses que me trae muy desconsolada, ¿quisiera yo ver el mundo o, a lo menos, el pueblo donde nací... Cuando oía decir que corrían toros y jugaban cañas y se representaban comedias, preguntaba a mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese qué cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto; él me lo declaraba, por los mejores modos que sabía; pero todo era encenderme más el deseo de verlo».

1.8. En la alusión del autor: «oía decir que corrían toros

y jugaban cañas y se representaban comedias», observamos que la presencia del toro como elemento de diversión es muy significativo en *El Quijote* por la enorme cantidad de veces que aparece. Cervantes no deja traslucir, como Lope de Vega, Tirso de Molina y otros escritores de su tiempo, su oposición respecto a esta fiesta.

Volviendo a fijarnos en la compañera del muchacho, advertimos que se trata de una muchacha que habla, entregándonos en sus palabras el impulso femenino del deseo, sin llegar a correr el riesgo de ser una Leonor (*El celoso extremeño*), pudiendo su anhelo, provocado por el encierro, hacerla caer en el peligro social en que se vieron sumidas las jóvenes de *Las dos doncellas*. Dentro de este mundo, donde se oponen los dos volúmenes, surge todo un movimiento imaginario, expresando Cervantes el horizonte con la calidad peculiar de la época de los Felipes, tan opuesto a la del Emperador «dejando a todos admirados así de su gentileza y hermosura como el deseo que tenían de ver mundo de noche y sin salir del lugar». Es una nueva sensibilidad. Recuérdese que ya Don Quijote había hablado de los caballeros cortesanos, que recorrían el mundo en un mapa sin salir de su gabinete, oponiéndolos a los caballeros andantes.

Este episodio conmueve con su aire novelesco la atmósfera didáctico-folklórica de la estancia de Sancho en la ínsula y termina siendo introducido en la realidad novelesca, al enamorarse el Mayordomo del Duque de la muchacha y pensar Sancho en el muchacho para marido de Sanchica: «como esto se acabó la ronda de aquella noche y allí a dos días del gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante».

1.9. El capítulo L interrumpe los acontecimientos que tienen lugar en la casa de placer de

los Duques y lo que sucede en la ínsula, cambiando el ritmo de la narración. En él se declara quiénes azotaron a Don Quijote, y Sancho se llena de vida, reapareciendo el Cura y Sansón Carrasco, pero la atención de la narración se desvía hacia el pueblo, donde hemos encontrado las mencionadas figuras.

En este sentido, el diálogo de Teresa y su hija con el Paje, el cura y el Barbero merece la atención del lector por lo que tiene de popular, a pesar de ser tan variado como los personajes, y por la gracia del lenguaje de los Panzas, dando muestras excelentes del genio característico del castellano, con su decir sentencioso y arreflanado, de cortes bruscos y borrosos llenos de vigor, de transiciones y elipsis, que hacen resaltar el vocablo principal; ese gracejo en las antítesis, hipérbolos y equívocos y, sobre todo, esa ironía y segunda intención así como el humorismo que los ingleses han llamado «cervántico» —por que Cervantes ha sido el que mejor ha sabido interpretarlo—, pertenecen al habla popular y al carácter más genuinamente español. Cuando oímos hablar a los estudiantes, al socarrón Sansón Carrasco o a los galeotes, al punto advertimos la gran semejanza que existe con la novela picaresca. La expresión popular de Sancho, Teresa Panza, Sanchica, los galeotes y los venteros: habla rústica y poco cultas, según los retóricos superficiales, constituye el pincel con el que Cervantes pintó sus cuadros realistas, residiendo ahí todo el primor, el juego y la fuerza de la lengua castellana.

Al hablar Sancho o cualquier otro personaje del pueblo, experimentamos la sensación de que el autor suelta la pluma y se retira, dejándolos solos. Pero no se repiten, pronunciando frases cada vez distintas: Sancho es siempre el mismo hombre de carne y hueso, no creado por la fantasía, sea en